

Puerto Rico Evangélico

"Las islas esperarán su ley." Isaías 42:4.

ANO 3. PONCE, PUERTO RICO, OCTUBRE 25 DE 1914. NUM. 8

Puerto Rico Evangélico.

Organo oficial de las iglesias Presbiteriana, Hermanos Unidos en Cristo, y Congregacional en Puerto Rico, en sustitución de El Testigo Evangélico y La Voz Evangélica.

Published semi-monthly on the 10 and 25 of each month.

Director y Administrador, Philo W. Drury.

Redactores:

Arturo Salguero Font, Mayagüez; E. A. McDonald, San Germán; A. R. Thompson, Lares; José Santana, Ponce; Juan Díaz, Juana Díaz; C. I. Mohler, Yauco; T. M. Corson, Humacao; Juan Robles, Fajardo; Macario Rodríguez, Yabucoa.

SUBSCRIPTION PRICES:

In the United States, Mexico, and Cuba,	50c a year.
In all other countries,	75c a year.

Las suscripciones se pagarán por adelantado.

Administración y Redacción: Calle Jobo núm. 7.

La correspondencia relacionada con la Dirección y ministración debese dirigida a PUERTO RICO EVANGÉLICO, Apartado 423, Ponce, P. R.

No se devuelven los originales, publíquense o no.

Son agentes de este periódico todos los pastores de las tres iglesias que cooperan en su publicación y otras personas nombradas por la Administración.

Las suscripciones pueden principiar el día primero de Enero, Abril, Julio, u Octubre.

Entered as second class-matter July 10, 1912, at the post office at Ponce, P. R., under the Act of March 3, 1879.

Editado por la Compañía Tipográfica "Puerto Rico Evangélico."

Los Cambios del Carácter.

EL carácter de una persona lo constituye la continuidad de sus actos voluntarios y no es una esencia causal de sus acciones. Hace poco oímos decir a un joven que otro había sido un tonto con ir a una reunión de oración o un culto y decir que era un gran pecador. Este joven creía que había sido éste un caso de falta de dignidad o por lo menos algo despreciativo para una persona hacer manifestaciones de esta naturaleza. Hace algún tiempo un joven que conozco asistió a una reunión de propaganda y de avivamiento religioso y después de terminarse el servicio increpó al

predicador por el hecho de éste llamar a cualquiera que se sintiera pecador a declararse así y abandonarse a Cristo como Salvador. El decía que esto era rebajarse una persona en la presencia de otros y de sí mismo . . . Todo esto demuestra que estas personas creen que el carácter está fijo que «una vez vagabundo siempre vagabundo, una vez caballero siempre un caballero.» Muchos equivocan el carácter con la reputación. Y algunos explotan esta creencia. Lo más triste del caso es que ésta no da lugar a levantarse las comunidades a un plano más elevado y tiende a estacionar el progreso del pueblo o individuo que esto sostiene. Vamos a hacer el comentario.

El pueblo tal siempre fué relajado luego nunca puede ser digno. El individuo cual una vez fué un ladrón pues siempre será un ladrón. Este pesimismo además de ser desesperante constituye un estado de atrofia y sugestión entre los mismos pueblos y entre los individuos que trae como consecuencia el nivel moral bajo de ciertas comunidades.

Un avivamiento espiritual sería mejor que los gastos de la sanidad y que la política de Puerto Rico. Esto es lo que nosotros necesitamos más que ninguna otra cosa cualquiera. Si en cada pueblo y barrio de Puerto Rico se conmoviera el sentimiento religioso de los habitantes hasta que éste tocara los actos de los individuos subiera hasta nuestras esferas educacionales y gubernamentales y transformara la marcha del país hacia mejores y más risueños horizontes.

El profesor William James considera que estos cambios de carácter se deben a los cambios del punto calorífico de la conciencia de un hombre o bien sea el centro habitual de su energía personal. Las ideas son periféricas o centrales. En toda persona las centrales dominan las periféricas, siguen a las centrales y son dirigidas por éstas . . . Cuando las ideas centrales son cambiadas por las perifé-

distintos pueblos antiguos, mas, debido a la conducta de los subditos a todos deja, ella sola es incapaz de mejorar la conducta de aquellos, aparece Cristo en el escenario de la historia, le da su influencia en su vida sin mancha y sus enseñanzas gloriosas, y la reina sigue un nuevo rumbo de prosperidades y victorias. Así como las corrientes de los ríos vienen al

mar y de la inmensa y azulada conjunción de aguas, se levanta al espacio el vapor que más tarde viene a refrescar y a dar vida a la naturaleza, las corrientes de la ciencia vienen al cristianismo para de esas, conjunción sublime de ideas, levantarse la vida, la libertad, el progreso, la felicidad y la salvación del mundo.

Juncos.



Política y Poliquitería.

Por Abelardo M. Díaz.

(Fraternalmente dedicado a mi queridísimo hermano y buen compañero, Rev. Ramón Vélez López, San Juan.)

CANSADOS estamos de oír decir: «La política no tiene entrañas; la política es la mentira; la política no es más que medro personal.» Oyendo estas definiciones y otras por el estilo desde mis primeros años, llegué a creer que la política era un arte diabólico, esencialmente inmoral. Y al aceptar los principios evangélicos, pensé que leer periódicos políticos o dar mi voto era perjudicar grandemente la santidad de la vida cristiana que comenzaba a vivir y frustrar el triunfo de la causa que amo tanto. En una palabra, estaba plenamente convencido que, para ser un buen discípulo de Jesucristo, era absolutamente necesario abstenerse de la vida política.

Este raro convencimiento provenía de los dichos corrientes aplicados a la política y, sobre todo, de mi amarga observación acerca de los abusos de la misma. Insultos, calumnias, hipocresía, la compra de votos, las frases puramente efectistas de ciertos oradores, la violación de la ley, las parcialidades, las enemistades entre los que militan en los distintos bandos políticos, el despilfarro de los bienes del pueblo, el patriotismo de labios, las opiniones veleidosas de ciertos líderes y la empalagosa adulación de los *oradores de pacotilla* a la mujer puertorriqueña, etc., etc. Todas estas execrecencias de la vida política me la hicieron concebir más fea que la cara de verrugoso Mirabeau.

Estudiando más detenidamente el asunto, ahondando más en el problema, llegué a la conclusión de que yo y los demás estábamos confundiendo la política con las falsas inter-

pretaciones que le dan los hombres. El hecho de que haya malos poetas, (¡y cuidado que hay muchos!) no nos autoriza a decir: ¡La poesía es el infierno! ¡La poesía es el disparate mayor que se conoce en el mundo! Madama Roland desde lo alto del patíbulo exclama con profundo dolor: «Libertad, libertad, ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!» Mas ella no dijo, notadlo bien: la libertad es la madre del crimen. Se queja con razón de que los jacobinos hayan intentado justificar lo más nefando cogiendo de pretexto lo más santo. A ninguna persona sensata se le ocurrirá confundir la gloriosa revolución francesa con los excesos de algunos revolucionarios que no comprendieron su verdadero espíritu. Los ripios, los crímenes y los excesos son desfiguraciones o representaciones falsas de la poesía, de la libertad y de la revolución. No son sus hijos, sino sus verdugos.

Es hora ya que hagamos justicia plena al arte bendito que consiste en gobernar justa y humanamente un pueblo, con el fin de que llegue al grado más alto de cultura material, intelectual y moral. Mientras nos aferremos en confundir las verrugas con el rostro en que aparecen, contribuiremos necesariamente a la perpetuación de tres males muy desastrosos:

1º Que la mayor parte del elemento honrado y más apto para gobernar se abstiene de tomar parte en un asunto en que es tan necesaria su participación. Tan sensible abstención se debe a los marcados escrúpulos que sienten al inmiscuirse en una cosa que consideran desprestigiadora. Al retirarse los buenos, se quedan, por inevitable desgracia, los malos dirigiendo los destinos de la socie-

dad. Y esto es, señores, como entregar la caja de dinero con la llave a los ladrones que vienen a escalar.

2º Los jóvenes que sienten interés por los asuntos públicos, por la solución de los problemas sociales, al entrar en la candente arena del combate político oyen decir: «Aquí no vence el mejor, sino el más tunante. La picardía es el secreto del éxito. El pueblo, para ganarlo, es preciso cogerlo con trampas como se cogen los ratones. A la gente no se le dice lo que le conviene, sino lo que le agrada. Los aplausos hay que conseguirlos tocando todos los resortes de la vanidad y los vicios públicos. La cuestión es jugar sucio y no dejarse ver la puerta, porque el mal no está en engañar, sino en permitir que se sepa que uno está engañando.» Con estas y otras leccioncitas parecidas, los jóvenes, por aquello de que no se les tilde de tontos o fracasados, resultan, al poco tiempo, maestros consumados en el vergonzoso arte de engañar y corromper la conciencia pública. Creen de muy buena fe que todas esas inmoralidades son inherentes a la profesión.

3º Que nosotros, al bastardear el concepto de la política, nos hacemos culpables de que los hombres de mala fe aleguen tener razón para hacer lo que hacen; que al confundir la caricatura con el retrato inconcientemente fomentamos el reinado del *politiqueo* (como Hostos llama a la política mala), retardando así el advenimiento de la política verdadera.

Vindiquemos el valor moral del concepto político. Digamos a todos los vientos lo que es la política. Y cuando alguien que la haya tomado por pretexto para medrar a expensas de la ignorancia nos hable en su nombre, digámosle rotundamente: «La política es la realización del bien; la politiquería es la realización del mal. La política tiene por fin el bienestar del pueblo; la politiquería, el engrandecimiento del politicastro. La política es la vida sana; la politiquería la enfermedad. La politiquería es a la política lo que el juramento falso al verdadero, lo que la máscara al rostro que la lleva, lo que la escoria al metal precioso.» Los políticos malos no constituyen un argumento contra la política, así como los maestros ineptos no son un argumento contra la eficacia de la pedagogía.

Señalemos y denunciemos al politicastro

como propagador de horripilante peste moral, como un astuto ladrón que, so capa de patriota, extrae la sangre y la vida a la patria que dice amar tanto, como el temible enemigo público que utiliza la astucia de los pícaros y abusa de la buena fe de los crédulos, como la oportunista zorra humana que adula al cándido cuervo que se llama pueblo, con el *santo, patriótico* propósito de engullirse el sabroso queso del presupuesto.

Enseñemos con claridad y valor que los pueblos dirigidos, mejor dicho, extraviados por semejantes fariseos no parecen más que un rebaño de mansas ovejas que llevan a trasquilar, una inmensa piara de cerdos que arrastran al matadero, y que el politicastro es el pastor que trasquila y el porquero que mata. Procuremos higienizar intelectual y moralmente al pueblo de tal manera, que la patria, rebosante de limpieza, aire y luz, se haga prácticamente inhabitable para tales vampiros que como la pulga se crían en el polvo, como el murciélago salen de noche, como el zancudo se posan en lo negro y como la chinche pican a traición.

Cuando, sobretexto de defender a un partido, observemos que los indigentes de alma calumnian a los ricos de talento y virtud; que la prensa, que debe ser siempre potente foco de luz, se transforma en asquerosa cloaca repleta de inmundicias; que al cacique se le llama campeón de la libertad y a los serviles baluartes del patriotismo; que al maestro, el sabio y paciente escultor de la inteligencia, se le señala el camino del ostracismo en su propio país, por el enorme, imperdonable delito de no pertenecer al mismo partido en que milita la junta escolar que le destierra; que para el correligionario generoso y fiel no hay un aplauso, y, en cambio, llueven los hiperbólicos elogios para el descarado tráfuga que, a fuerza de pertenecer a todos los partidos, ya no pertenece a ninguno; que antiguas amistades se rompen; que la fuerza bruta toma el lugar de la dulce persuasión: que el sagrado dinero del pueblo se considera como rico botín de guerra; que se exalta al atrevido y al tramposo, mientras se desprecia al que es probo y capaz; que los decantados intereses de partido se sobreponen a los intereses del país, y el capricho de cacique es la ley suprema; que la administración de los bienes comu-